

LA VIRGEN DE LA PIEDAD DE IZNÁJAR y NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA DE CÓRDOBA

Ángel Aroca Lara. Académico Numerario

El ciclo de los pastores

El número de imágenes de la Virgen, supuestamente aparecidas en los reinos de España entre los siglos IX y XV, es realmente extraordinario. El padre Villafañe refiere un centenar de casos, y Faci, sólo en Aragón, dobla prácticamente dicha cifra. Los protagonistas de tales prodigios fueron, por lo común, gentes sencillas que se hallaban trabajando la tierra en lugares apartados o cuidando el ganado entre la espesura de los montes. De aquí que dicho periodo sea conocido por los historiadores del culto mariano en nuestro país como el ciclo de los pastores.

Las circunstancias que rodean el hallazgo de todas estas imágenes suelen ser las mismas o muy parecidas: paraje agreste y poco frecuentado, coros angélicos, luces sobrenaturales, muestras de adoración y respeto por parte de seres irracionales, dudas y vacilaciones del pastor elegido, excepticismo del pueblo en un primer momento, y dos o tres intentos de trasladar la imagen a lugar poblado, que se verán frustrados por otras tantas misteriosas transmigraciones de ésta al sitio de su invención. Generalmente la historia concluye con la erección del santuario en el lugar de la aparición, los reiterados milagros y el rápido arraigo del fervor hacia la nueva advocación mariana en las gentes de la comarca.

Basta relacionar las coordenadas espacio-temporales de tales apariciones para advertir que éstas se extienden, desde Covadonga al Mulhacén, en paralelo con el avance de la Reconquista. Las primeras se registran en Roncesvalles, Montserrat y otras comarcas septentrionales de la Península. La Fuente habla de un centenar de invenciones en el Norte de España⁴.

Con la llegada de los cristianos a la Rioja, allí aparecen otras imágenes ocultas de la Virgen, tales como las de Nájera y Valbanera. Desde el siglo XI los hallazgos son frecuentes en Castilla la Vieja y Aragón. En la centuria siguiente, si bien se registra un descenso de apariciones en la España oriental tendrá lugar el apogeo del ciclo de los pastores. Es ahora cuando las imágenes de Nuestra Señora aparecen por doquier, tanto en Castilla la Nueva como en Extremadura, territorios ya más que asegurados por el espectacular avance hacia el Sur de Fernando III.

Son numerosas las leyendas sobre imágenes traídas a Andalucía por el santo monarca castellano. De algunas, como la sevillana de las Batallas o la cordobesa de Linares, se dice que las llevaba San Fernando en el arzón de la montura de su caballo al conquistar estas ciudades; otras presidieron el triunfal cortejo del rey santo que siguió a la victoria definitiva, es el caso de la Virgen de la Sede de la catedral hispalense. Se cree

incluso que, como en Covadonga hubo imágenes que contribuyeron de manera directa al feliz desenlace de algunas batallas. Tal es el origen de la advocación de Nuestra Señora de Tentudía, que atendió la súplica de Pelayo Pérez Correa. Se hallaba éste a punto de derrotar a un ejército musulmán llegado en auxilio de la asediada Sevilla. Viendo el Maestre de Santiago que el sol comenzaba a ocultarse en aquel sábado - consagrado a la Virgen-, como un nuevo Josué, exclamó: " ¡Santa María, deté tu día! ". Así, con la ayuda de la Señora, dicho capitán logró coronar un triunfo que la oscuridad de la noche, al favorecer la huida del enemigo, hubiera hecho imposible.

Pese a ser muchas las imágenes de la Virgen supuestamente traídas por San Fernando, es obvio que éstas habrían de ser insuficientes para restaurar su culto en "la tierra de María Santísima". De aquí que las apariciones no cesaran en Andalucía hasta la culminación de la Reconquista.

Todos aquellos lugares a los que no alcanzó el reparto de las imágenes fernandinas se vieron rápidamente favorecidos por el milagroso hallazgo. Fue el caso de Andújar, Bailén y Quesada, entre otras de las ciudades ganadas por el rey santo. Ubeda, por el contrario, hubo de esperar más de un siglo hasta que, en 1381, el labriego Juan Martínez encontró la Virgen del Gavellar.

El ciclo de los pastores se inicia en Andalucía mediado el siglo XIII y se prolonga por más de doscientos años. Entre las imágenes que lo cierran, Vicente de la Fuente cita la cordobesa de Villaviciosa, cuya invención sitúa a finales del siglo XV, fecha excesivamente tardía, que no puede aceptarse pese a desconocerse la cronología del hallazgo. Más próximas al final del referido ciclo estuvieron, sin duda, las invenciones de Nuestra Señora de la Fuensanta de Córdoba, y la Virgen de la Piedad, Patrona de Iznájar, cuyo estudio abordamos en este trabajo.

Con independencia de otros factores que analizaremos seguidamente, la semejanza de las leyendas que envuelven a la práctica totalidad de los hallazgos del ciclo de los pastores fuerza a pensar que éstos, más que a un hecho histórico, corresponden a una política de apariciones, más o menos programada, que gozó de extraordinario respaldo popular. Es sintomático que la extinción del ciclo coincida con una postura menos permisiva de la Iglesia que, desde finales del siglo XV, exige gran severidad en la investigación de los hallazgos.

De sobra es conocido el carácter de cruzada que tuvo la Reconquista y el afán restaurador que distinguió a los monarcas cristianos. Ganada una ciudad, la primera tarea era la de consagrar su mezquita y habilitarla como lugar de culto para los vencedores. No es extraño que también, de un modo u otro, cobraran presencia multitud de imágenes de la Virgen, como medio de estimular una devoción cuya memoria, tras varios siglos de dominación musulmana, se hallaba completamente perdida en la mayoría de los casos.

Con el tiempo, para dejar claro que no se trató de una mera instauración del culto mariano, sino de su feliz restauración, se alentó la creencia de que dichas imágenes habían sido escondidas con ocasión de la invasión islámica, pues sus devotos, al no poder llevarlas consigo en la huída, quisieron evitar su profanación ocultándolas en cuevas, pozos, murallas, troncos de árboles y un sin fin de escondrijos, de cuya variedad queda constancia en las numerosas historias de apariciones. La idea de los

restauradores halló una acogida extraordinaria en las gentes sencillas. El pueblo no sólo no se cuestionó la autenticidad de los hallazgos, sino que los demandó con avidez. Prácticamente no hubo ciudad, villa o aldea, cuyos habitantes se resignaran a no gozar de la especial protección de María. Sus imágenes, aparecidas por doquier, fueron el único consuelo a los muchos infortunios de la época, y la noticia de su antigüedad, motivo de orgullo para las gentes acogidas a su amparo.

La idea manejada por los promotores intelectuales de esta formidable expansión del culto mariano sería perfilada por un buen número de textos apócrifos -la mayoría del siglo XVI- e incluso por algunos de nuestros más inspirados escritores del Siglo de Oro. El resultado fue un rosario de bellas leyendas que presentan la restauración como un auténtico renacimiento de la Virgen, en el sentido liberal del término.

Las imágenes de María, supuestamente enterradas o escondidas por los godos en todo el territorio peninsular ante el avance musulmán, se manifiestan prodigiosamente en lugares tan apartados y humildes como el establo de Belén. Es frecuente que el hecho se registre el día en que la Iglesia celebra la Natividad de la Virgen -8 de septiembre-. También aquí los ángeles se encargan de llevar la buena nueva a hombres sencillos que, como los pastores del relato de San Lucas, manifiestan temor en un primer momento. Excepcionalmente, el elegido para el hallazgo es un caballero e incluso un príncipe 1º, pues también a los Reyes Magos les cupo el gozo del anuncio del nacimiento de Jesús.

La intención restauradora llevaba implícita la erección de un santuario a la imagen hallada, pues ésta era la mejor manera de desagraviarla por tantos años de forzada ocultación e inevitable olvido, y, por otra parte, un acto de justicia estricta, ya que la mayoría de ellas, según la tradición, habían sido objeto de veneración en las inmediaciones del lugar del hallazgo con anterioridad a la venida de los musulmanes. Las hubo incluso, como Santa María de Nájera o la ovetense Virgen de Guadalupe, que dieron testimonio inequívoco de haber tenido ermita en otro tiempo al manifestarse junto a una campana.

Realmente el culto a la Virgen llegó a tener bastante arraigo en tiempo de los godos. Según reza en una columna del claustro de la catedral de Toledo, a los dos meses de la conversión de Recaredo dicho templo se dedicó a Santa María. Si bien esta inscripción es cuestionable, dado su presumible carácter apócrifo, no ocurre lo mismo con una de las cruces del tesoro de Guarrazar, que al estar dedicada a Santa María de Sorbaces, confirma la existencia de un templo toledano de esta advocación. Tenemos, por otra parte, los escritos en que San Isidoro se ocupa de aspectos puntuales de la vida de María y, lo que es más significativo, la evidencia de que 'la Iglesia visigoda celebraba algunas fiestas de la Virgen, tales como la Anunciación y la Asunción II.

Es natural que tras el abandono oficial del Arrianismo en el año 587, los visigodos defendieran, con la vehemencia de los nuevos conversos, el dogma de la maternidad divina de María proclamado el siglo anterior en Efeso. No obstante, no se conocen esculturas marianas españolas previas a la invasión musulmana y, en opinión de Trens, lo más seguro es que tales manifestaciones no llegaran a existir con anterioridad al siglo XII. Ello, de entrada, desmonta todas las leyendas que reclaman para la imagen de turno una datación preislámica y refuerza la teoría, expuesta líneas arriba, de que tales historias fueron fruto del plan restaurador del culto mariano que siguió a la Reconquista.

Dos versiones de la aparición de la Virgen de la Piedad

Según una de estas piadosas tradiciones, la Virgen de la Antigua o de la Piedad fue venerada en Iznájar antes de la islamización de la Bética. A la llegada de los mahometanos, las gentes de Iznájar la ocultaron para evitar su profanación y, siglos después, tras la reconquista de la zona, la imagen fue milagrosamente hallada en un paraje próximo a la población, conocido por Las Majadillas.

En 1645 Roque Gómez Bonifaz, que siete años antes había entrado a servir como santero en la ermita de la Virgen, quiso reforzar dicha creencia y dejar constancia escrita de la misma con el testimonio de un buen número de iznajeños, todos de edad avanzada, que coinciden en lo esencial al referir la antigüedad de la imagen, los detalles de su hallazgo y el periplo de ésta hasta su traslación al santuario del barrio de La Sima, que es el actual, erigido a principios del siglo XVII. Como muestra de las referidas declaraciones transcribimos la siguiente:

Rodrigo Copete, uno de los más antiguos de esta villa, y que se halló en la guerra de Granada en servicio del duque de Sessa cuando asistió a la persona de su alteza el señor don Juan de Austria y en todas las acciones que su excelencia hizo, dijo ser de edad de noventa y ocho años, y que conoció una ermita en el sitio que llaman de la Antigua Vieja, formada de cuatro pilares de ladrillo con cobertizo, y que siempre ha oído que esta imagen es muy antigua y que fue hallada, luego que esta tierra se ganó a los moros, en una calera, y que fue fama la escondieron los españoles cuando España perdió, y que esta calera estaba hecha del tiempo de los godos, y que había sido siempre muy nombrada de los naturales y forasteros y muy milagrosa y que, por ser tan antiquísima, se llamaba de la Antigua. La conoció por muchos años en el Barrio Bajo, en su iglesia, hasta que se iban perdiendo las casas. que Juan Doblas dio traza para fabricar la casa que hoy tiene, y no lo firmó por no saber l. Otros de los interrogados añaden algunos datos de interés tales como que la vieja calera se puso en funcionamiento por la necesidad que hubo de reparar las murallas de la fortaleza tras ganarla a los moros, o que la Antigua Vieja estuvo en el sitio que llaman de Las Eras.

Los testimonios recogidos por el santero iznajeño Roque Gómez tienen visos de verdad. Los lugares de ubicación de las sucesivas ermitas están perfectamente localizados, así como también la "calera de tiempo de los godos". Hace ya algunos años, en Las Majadillas, concretamente en un olivar denominado de la Virgen de la Piedad, junto al camino viejo de Rute, pude ver los arcos estructurales del horno del alfarero al que se alude en dichos testimonios y, en sus inmediaciones, un testar con abundantes fragmentos de cerámica común que, a mi juicio, es tardorromana. Cabe incluso pensar, ya que hablamos de una imagen de barro cocido, que Ntra. Sra. de la Antigua saliera del referido horno. **No obstante, su datación preislámica es insostenible.**

La historia del hallazgo de la Virgen de la Antigua o de la Piedad es bastante doméstica, sin las luces y los mensajeros celestiales propios de las invenciones del ciclo

de los pastores. Sin embargo, andando el tiempo, aparecería una leyenda más acorde con el talante sobrenatural de los descubrimientos medievales.

En 1882 se publicó un folleto versificado en romance que recoge la nueva versión del hallazgo. Pese a su carácter anónimo, el origen del mismo hay que rastrearlo en la imaginación de don Juan de Castro Orgaz, abogado de Iznájar y padre del polígrafo Cristóbal de Castro.

Dicho autor, con base en el documento antes citado, pues en su relato narra cómo los godos escondieron la imagen para evitar su profanación, habla de la vieja calera y sitúa el hallazgo en Las Majadillas, tejió una fantástica historia con todos los ingredientes que durante siglos había cautivado a las gentes sencillas. La protagonista es Aldonza, la fiel esposa de Gutierre Gonzalo, imaginario señor del castillo de Iznájar en el siglo XV.

Hallándose Gutierre en Lucena postrado por las heridas de la lucha, la joven y bella señora vive, como en sueños, tres salidas del castillo en noches consecutivas, guiada por un mancebo hasta el sitio de Las Majadillas, donde Aldonza remueve la tierra buscando un tesoro. A su vez, Gutierre sueña ver a su esposa que sale al campo de la mano del joven. Comido por los celos va camino de Iznájar y, antes de entrar en la villa, se encuentra con los protagonistas de su sueño. Lleno de ira, se dispone a clavar su daga en el pecho de Aldonza, pero, milagrosamente, el puñal se rompe en mil pedazos. Entonces, el mancebo, que no es sino San Rafael, se da a conocer y les revela que el tesoro que busca Aldonza es la imagen escondida siete siglos antes. Contrito, el caballero pide piedad Y el arcángel decide que éste sea el nuevo nombre de la efigie, cuya custodia y fomento de su devoción les encomienda.

La historia es de una ingenuidad artificiosa que la aparta del natural candor que preside las leyendas del ciclo de los pastores. No conforme con enmendar la plana a la tradición, Juan de Castro introdujo el toque melodramático de la sospecha y los celos infundados, que, según mis noticias, fueron para él una obsesión que le acompañó de por vida.

Trece años después de que circulara este relato, en 1895, un devoto de la Virgen de la Piedad, quizá el propio vicario de Iznájar, tuvo la feliz idea de transcribir el documento redactado por Roque Gómez Bonifaz. Nunca sabré si le movió a hacerlo el deseo de garantizar la conservación de un texto, que quizá ya entonces se hallaba en mal estado, o el de contribuir a evitar el arraigo de la nueva versión. En cualquier caso, su celo merece nuestro reconocimiento.

Recientemente, la historia de Juan de Castro Orgaz se ha visto reforzada al servir de fuente de inspiración a Antonio Quintana para las pinturas que ha realizado en el camarín del santuario. Es lástima -y lo digo con toda la admiración y respeto que me merece la generosa labor del pintor iznajeño- que se haya desvirtuado la tradición en aras del Arte y que éste, con el poder persuasivo de la imagen, haya sacralizado un relato sin fundamento.

Volviendo a los testimonios recogidos en 1645, vemos que, en esencia, éstos coinciden con la leyenda que rodea a otras muchas imágenes, también supuestamente escondidas a la llegada de los musulmanes y halladas tras la conquista cristiana en

pozos, huecos de árboles o simplemente enterradas. Es el caso de Nuestra Señora de la Almudena, la Virgen de Cortes, la de Risca, la de Montserrat, la del Sagrario de Toledo o la cordobesa de la Fuensanta. Curiosamente, en la iglesia de San Sebastián de Montilla hay una antigua imagen de la Virgen, de la que también se dice que fue encontrada en un horno alfarero a poco de la reconquista de esta ciudad. No cabe mayor coincidencia con las circunstancias del hallazgo de Iznájar...